

pero sí desde un punto de vista entretenido, sencillísimo. Allí radica, por el momento creemos, su intención, su modo o forma de actuar literariamente.

Es posible que como médico, el autor haya tenido entre sus manos un rico material que escoger, una veta, para otros insospechada, que ahondar, y de cuya provecho él descansa en cuanto a inventiva, a creación más pura. *Mi querido infierno*, el cuento que le da título al libro, podría atestiguarlo. Sin embargo, Sarah ofrece otros aspectos que matizan su creación y ofrecen ellos tal importancia que, en conjunto, sobresalen ante sus experiencias de profesional neto. Así, su extraordinaria *Agencia de Viajes*, breve maravilla de realidad y fantasía, donde Roberto Sarah se nos ofrece como cuentista de tónica insuperable.

Libro para leerse en cualquier instante, este *Mi querido infierno* hace que el autor esté, para nosotros, en eterna actitud de sorprendernos con muestras de su innegable talento literario.—VÍCTOR CASTRO.

■

“MEMORIAS DE UN BUEY”, por *Pierre Faval*

Pierre Faval no llega, precisamente, al campo chileno, por primera vez, para tomarle el pulso, aspirar su aire y deleitarse con su panorama. Pierre Faval *viene* del campo, después de haberlo vivido, conocido y de haber encontrado una manera original de interpretarlo.

Una deliciosa imagen de Faval traduce el temor y la vacilación con que el principiante se lanza a las aguas de la literatura. Se imagina una oveja que trata de atravesar un estero: vacila junto a la orilla introduce la nariz en el agua, se humedece la punta de una pata. Al fin, entra. No sabe si lo ha hecho bien o mal, pero ha pasado.

Diríamos nosotros que el miedo de que la susodicha oveja junto al estero o el escritor cerca de su pluma, están dominados al comienzo de su aventura, les impone prudencia, moderación. Cuando toman bríos, se descuidan, arriesgan quién sabe, perecer . . .

Las *Memorias de un buey*, de estilo donoso y peinado al comienzo, desentona ligeramente al correr algunas páginas. Se torna algo pedestre.

Si no la corrección, quedan, por lo menos, otros encantos que cautivan al lector y éste continúa a la zaga de la oveja, siguiéndola mientras surca las aguas. La floresta, la luminosidad de la campiña, la idiosincrasia rural, están plenamente sentidos. ¿Podremos decir, también, que están plenamente descritos?

En este punto estribaría la discusión en torno a *Memorias de un buey*. Pero no hay motivo para discutir un libro que se ha dejado leer con delectación. Apenas se puede señalar lo que falta en él o lo que podría considerarse superfluo.

El propósito de Favat es digno de interés. Implica cierta tentativa de unidad, un atisbo nada frecuente aunque remoto, de poner una partícula universal en lo particular de su obra. Así, traslada al escenario campestre, los apetitos, pasiones, debilidades, virtudes de la gente de la ciudad o, mejor dicho, que identifican a los individuos de todos los sectores humanos.

Esta sola intención revela su pasta de escritor auténtico y da motivos para decirle que continúe escribiendo, corrigiendo, perfeccionando, porque lo principal, la materia prima o la tierra propicia para la siembra los tiene ya asegurados.

Será preciso, no obstante, afinar la descripción, los dibujos, perfiles, caricaturas.

Al representar lo que todos, más o menos conocen —en este caso, el campo, sus gustos, sus dichos, hábitos, etc.—, es necesario desentrañar lo novedoso, imprimirle la propia y original traducción, interpretarlo de acuerdo con nuestro sentir.

Bajo esa condición subyuga al lector, quien cae en la cuenta de

que él, conociendo tanto el objeto, no había descubierto sus rasgos íntimos, aquellos que están reservados, como primicia, al ojo del artista.

Todo esto decimos a Pierre Favat, porque hemos leído las *Memorias de un buey* con fruición, del principio al fin y nos hemos entretenido, o sea, ha cumplido esta novela su primordial y más apreciable finalidad.—G. L.



“LANCHAS EN LA BAHÍA”, por *Manuel Rojas*

Parecerá lógico que el éxito resonante de *Hijo de Ladrón*, haga partícipes de su popularidad a las anteriores obras de Manuel Rojas. Sin embargo, ni *El Delincuente*, ni estas *Lanchas en la Bahía*, que viene de reeditar Nascimento, desmerecen en nada de la novela de largo alcance que Rojas lanzó el año pasado.

Veinte años atrás, la suerte del escritor estaba echada.

*Lanchas en la Bahía* tiene un tono humilde que no excluye la seguridad. La modestia emerge, más bien, de la convicción profunda respecto de su sinceridad.

No se propone transmitir agudos dramas ni difíciles conflictos espirituales o sentimentales. El amor del protagonista por la heroína del libro, se resuelve en forma directa, casi brutal, con una condena por agresión. Ella era, lisa y llanamente, una prostituta, ni mejor ni peor que sus compañeras de oficio. Quizá si algo ingenua y con un sedimento de pureza que la muchacha conservaba a pesar de sí misma. El la conoció por medio de su amigo y compañero de trabajos en el Puerto. Rucio del Norte. El joven no había estado nunca en lupanares y la revelación fué brusca.

“—El día sábado, Rucio del Norte me hizo una proposición. Al principio no comprendí...

“—¿Dónde quieres ir?